

## “Conocimiento interno del desorden... y del amor” ADOLFO CHERCOLES<sup>1</sup>

### 1- Sobre el significado de la palabra “sospecha”

Al hablar del significado de la palabra sospecha, no todos entendemos lo mismo. El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua dice que sospechar es “*aprehender o imaginar una cosa por conjeturas fundadas en apariencias o visos de verdad*”. Una segunda acepción: “*desconfiar, dudar, recelar de una persona*”. María Moliner, coincide con la primera acepción pero luego añade una explicación que es la que mejor conecta con el sentido que pretendemos descubrir en San Ignacio: sospecha de uno mismo. En efecto, la describe como “*escamarse, maliciarse, mosquearse, olerse, presentir, tener indicio...*” En definitiva, la sospecha es algo que nos afecta. Sospechar de los otros ya sabemos qué significa y de hecho lo practicamos demasiado bien. El problema surge cuando se trata de sospechar de nosotros mismos. Ésta cada uno tiene que incorporarla a su vida, nadie se la puede ‘colgar’.

Además de esta primera apreciación es necesario distinguir la sospecha de la duda, ya que esta distinción no queda tan clara en el diccionario y, por otro lado, es fundamental para lo que queremos tratar. Para San Ignacio, la duda es del ‘enemigo’: en la segunda nota de escrúpulos<sup>2</sup> dice que “*el propio escrúpulo*” es “*en cuanto dudo y en cuando no dudo*” y esto “*es tentación que el enemigo induce*”. Y sin embargo la experiencia de Dios que nos describe en el “*primer tiempo de hacer elección*” es “*sin dubitar ni poder dubitar*”<sup>3</sup>. La duda, por tanto, no es de Dios porque nos paraliza; en cambio la sospecha no paraliza sino que espabila, nos deja (en palabras del diccionario) “*mosqueados*”, cautos, pues no las tenemos todas consigo

Un ejemplo puede ayudarnos. Supongamos que quiero ir a un pueblo. Es difícil llegar, no hay indicación, hay un camino de tierra... ¿Qué sería la duda en esta situación? Llego a una bifurcación y no sé si he de tomar el camino de la izquierda o el de la derecha. Eso sería la duda. No puedo seguir mi camino si quiero llegar donde pretendo hasta que alguien no me saque de mi ‘duda’. La sospecha sería, en cambio, que yo sé ir al pueblo, pero me avisan que a causa de una tormenta ha habido unos desprendimientos, pero no han podido decirme en qué curva exactamente. Esto me hace ir despacio, con ‘sospecha’, con cautela. No dudo, sé donde voy; lo que no sé es qué me voy a encontrar en el camino y eso me hace estar más atento, más despierto. Es todo lo contrario de la duda. Esta es la sospecha de la que San Ignacio nos va a hablar: minar la seguridad sobre nosotros mismos.

Y empecemos por ver dónde sitúa San Ignacio la propia sospecha: en la misma estructura de la persona.

---

<sup>1</sup> Este capítulo es la transcripción de la charla dada por A. Chércoles el febrero del 2006 dentro del curso “Maestros de la sospecha- críticos de la fe”.

<sup>2</sup> EE n° 347

<sup>3</sup> EE n° 175

## 2. El Yo, una estructura sospechosa: salvar la sensibilidad. (Primer modo de orar)

### 2.1- Estructura y dinámica del yo.

La experiencia del yo, como experiencia personal fontal, es indescriptible y única en cada sujeto. Es de suma importancia preguntarnos por el proceso de su surgimiento y qué alcance tienen sus vicisitudes. Aquí va a situar San Ignacio la primera sospecha

San Ignacio se acerca al hombre real y concreto, no a su abstracción, y lo capta ‘en movimiento’: para él el ser humano es ‘proceso’ que genera ‘historia’, llamada a plasmarse en una ‘biografía’. Pero como toda historia es accidentada y dichos accidentes dejan sus huellas. Es pues de suma importancia descubrir la dinámica de este proceso. Para ello siempre recomiendo preguntarse por el ‘orden’ de las enumeraciones o yuxtaposiciones que encontramos en sus concisos textos. En efecto, dicho orden puede ayudarnos a descubrir la dinámica que encierra.

Esto supuesto, veamos cómo plantea San Ignacio este ‘primer modo de orar’, que aparece al final de las cuatro Semanas. Por lo tanto entra dentro de esos documentos que el que da los EE ha de tener a su disposición para usarlos en el momento que considere más oportuno. De hecho en la Anotación 18 se sugiere darlo a los que se ve que no van a pasar adelante. Es pues algo muy elemental, que tiene que ver con cualquier persona. Empecemos pues por citar el primer párrafo:

*Tres modos de orar, y primero sobre mandamientos.*

*La primera manera de orar es cerca de los diez mandamientos y de los siete pecados mortales, de las tres potencias del ánimo y de los cinco sentidos corporales; la cual manera de orar es más dar forma, modo y ejercicios, cómo el ánimo se apareje y aproveche en ellos y para que la oración sea accepta, que no dar forma o modo alguno de orar” (EE 238).*

El texto encierra dos sorpresas que nos plantearán dos interrogantes.

Primera sorpresa: San Ignacio nos dice que va a darnos un modo de orar ‘sobre mandamientos’, pero después añade tres cosas más: ‘siete pecados mortales, tres potencias del ánimo y cinco sentidos corporales’.

Segunda sorpresa: en cierto sentido el párrafo parece contradictorio. Empieza proponiéndonos un modo de ‘orar’ para terminar diciendo que ‘es más dar forma, modo y ejercicios... que no dar forma ni modo alguno de orar’. ¿En qué quedamos, nos da un modo de ‘orar’ o no? En efecto, él mismo advierte que no es propiamente oración lo que propone, sino ‘cómo el ánimo se apareje y aproveche en ellos y para que la oración sea accepta’. Es decir, parece algo previo a la misma oración, para que éste sea tal.

Y empecemos por la primera sorpresa: ¿a qué viene esta enumeración, tienen alguna relación las cuatro referencias? Más aún, el ‘orden’ en que se enumeran ¿tiene algún alcance, o habría sido lo mismo adoptar otro? Intentemos responder al primer interrogante.

Para comprender la dinámica que pueden encerrar estas cuatro realidades aludidas, preguntémosnos por su alcance desde la perspectiva de un niño recién nacido, y comencemos por la última (los ‘cinco sentidos corporales’).

En efecto, el ser humano es el viviente más desvalido al nacer. Podemos decir que nace ‘en blanco’ y después va incorporando enriquecimientos que le llevarán más lejos que ningún otro viviente. Pues bien, en este comienzo, el único ‘instrumento’ que posee para llenar ese vacío son los cinco sentidos corporales (prescindiendo de si todos tienen su plena capacidad desde el primer momento). Si un niño naciese sin ningún sentido ‘corporal’, difícilmente podría acceder a la realidad y desarrollar de este modo sus capacidades anímicas. [NOTA: El caso de Elena Keller: era sordomuda y ciega, pero a través del ‘tacto’ y el ‘gusto’ pudo acceder a la realidad y desarrollar unas capacidades sorprendentes, que de carecer de dichos sentidos hubiese sido imposible].

Pero estos datos que va adquiriendo a través de sus **sentidos corporales** entran en una especie de

laboratorio: las **tres potencias del ánimo** (memoria, entendimiento y voluntad). En efecto, toda experiencia es registrada (memoria), al quedar registrada tiene la posibilidad de relacionarla y compararla con las siguientes llevando a cabo una evaluación (entendimiento) que provoca una respuesta (que más adelante se llamará voluntad). Es decir, las ‘tres potencias’ sin los ‘sentidos corporales’ no tendrían de qué ocuparse.

Ahora bien, estas pequeñas ‘respuestas’, nacidas de mínimas elaboraciones (que a medida que se multiplican se van haciendo más complejas), terminan a través de su repetición en hábitos (o actitudes). Este es el sentido de los **siete pecados mortales**. ¿Qué son los ‘pecados mortales’? Aquellos fallos que no se quedaron en el hecho en sí, sino que se consolidaron en ‘actitudes’, convirtiéndose en maneras de estar e ir por la vida. Es decir, toda elaboración, en la medida en que se repite, ‘se fija’ en la propia vida y queda incorporada a su comportamiento. Por ejemplo, el niño que aprende a andar: su aprendizaje fue penoso y lento, pero una vez aprendido y ‘repetido’ se convierte en algo que funciona a la perfección sin ser necesario de nuevo llevar a cabo un proceso que fue complejo. Esta incorporación es lo que llamamos ‘hábito’. Lo mismo ocurre con las ‘actitudes’: un niño que ha sido muy agredido, tendrá posturas ‘agresivas’ de adulto. Como veremos, San Ignacio va a aludir a las ‘siete virtudes’ opuestas a los pecados, que consistirán en ‘actitudes’ positivas llamadas a sustituir a las negativas (‘pecados’).

Pero este conjunto de ‘maneras de estar o ir por la vida’, positivas y negativas (‘pecados’ y ‘virtudes’) son las que proporcionan a la persona una ‘visión de la realidad’, una manera de ver la vida y valorarla. Esto correspondería a los **diez mandamientos**. Todos tenemos nuestros ‘mandamientos’: al no nacer programados necesitamos un marco de referencia, propio o prestado.

En efecto, ¿qué son los ‘diez mandamientos’ sino esa referencia mínima universal de ir por la vida sin hacernos daño? Esta referencia, por muy elemental que nos parezca, no está incorporada a nosotros como ocurre con el animal que tiene incorporado su comportamiento por medio de un instinto y no va a desviarse (la abeja seguirá construyendo las celdillas del panal en forma hexagonal). Nosotros ‘no estamos programados’ y, por tanto, no está asegurado que nuestro ‘marco de referencia’ de cara al entorno sea el más correcto. Lo que sí es verdad es que alguno tendremos, propio o prestado.

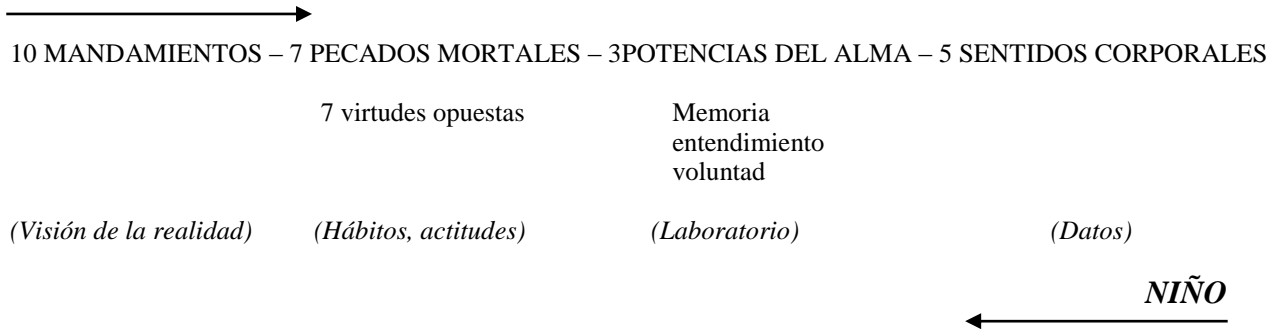
Este proceso que hemos desarrollado partiendo del niño, nos ha descrito no sólo el sentido de cada paso sino, lo que es más importante, cómo cada uno va surgiendo del anterior, dependiendo todos del primero: los **cinco sentidos corporales**. Más aún, este proceso empieza a producirse desde el primer momento de la vida y va estructurando nuestro yo, de tal forma que, parece ser, que hacia los cinco años, ya está elaborado, aunque seguirá enriqueciéndose. Pero esta primera impronta tendrá una trascendencia que difícilmente alcanzan las posteriores. (De ahí la importancia de los primeros años para nuestra vida).

Sin embargo, San Ignacio alude a estas cuatro realidades en un orden inverso: empieza por los ‘diez mandamientos’ para terminar en los cinco sentidos. ¿Se equivocó? ¿Quiere decirnos algo este cambio?

Podemos, para entender mejor lo que estamos queriendo decir, partir del esquema siguiente: COPIAR ESQUEMA DE APUNTES.

## PRIMER MODO DE ORAR

### ADULTO



En la parte inferior a la derecha tenemos una flecha que pone ‘niño’: es el proceso que acabamos de describir; en la parte superior, a la izquierda hay otra con una dirección opuesta que pone ‘adulto’ y coincide con el orden en que San Ignacio ha enumerado estas cuatro realidades.

En efecto, en el adulto, estas dimensiones que todo ser humano posee (con una estructuración más o menos correcta) funcionan más en el sentido en el que San Ignacio las ha enumerado que en el que nosotros las interpretamos (que fue en el que de hecho se fueron formando).

La ‘visión de la realidad’ que tenemos, afianza y justifica nuestras actitudes básicas, positivas y negativas (‘pecados mortales’-‘virtudes opuestas’); manipula nuestras ‘potencias naturales’: nuestra ‘memoria’ (nos acordamos de lo que nos conviene y olvidamos lo que no), nuestra manera de pensar (‘entendimiento’) y nuestras respuestas (‘voluntad’); y todo el conjunto condiciona nuestros ‘sentidos corporales’ (vemos lo que nos conviene y no vemos lo que no, etc.). Y aquí tenemos que hacer algunas observaciones.

Primera: lo que está en contacto con la realidad son nuestros sentidos corporales, por tanto se convierten en un medio irrenunciable de cara a nuestro acceso a la realidad. Es de suma importancia que estos funcionen correctamente para nuestro acierto.

Segunda: las instancias destinadas, no sólo a elaborar, sino a estructurar los datos captados por nuestros sentidos, van a convertirse en imprescindibles para agilizar nuestro acceso a la realidad. Por ejemplo, si cada vez que andamos tuviésemos que llevar a cabo todo el proceso que supuso el complicado mecanismo de andar con equilibrio, no nos quedaría energía ni tiempo para hacer nada más: esa ‘incorporación’ que supone el hábito es algo sin lo cual no podríamos avanzar en el dominio de la realidad. Lo mismo ocurre con la visión de la realidad que vamos teniendo: nos sitúa y orienta en nuestro entorno y de su corrección depende nuestra capacidad de convivencia.

Tercera: pero estas estructuraciones personales llamadas a agilizar la vida son filtros que pueden desfigurar el acceso correcto a la realidad, lo cual lleva consigo al mismo tiempo que nuestra respuesta pueda no ser la más acertada. Es decir, lo que está llamado a agilizar puede convertirse en un factor deformador. Si dichas estructuraciones, que se llevaron a cabo fundamentalmente muy al comienzo de nuestra vida (aunque siguen enriqueciéndose e incluso pueden cambiar), son muy deformantes porque la realidad que las permitió no era la más correcta, se impone el mejorarlas en lo posible o, al menos, ser conscientes de ello.

Cuarta: pero San Ignacio nos habla de un ‘modo de orar’, y nosotros parece que en todo lo que llevamos dicho no hemos aludido a esta relación con Dios que supone toda oración. Ahora bien, hay que recordar que él, con una frecuencia abrumadora al hablar de Dios, lo hace con los términos ‘nuestro Criador y Señor’, es decir, para él Dios no es algo ajeno a la realidad, sino que está implicado en ella, tiene que ver con ella (¡sin identificarse con ella!) en cuanto Criador y Señor. Por eso en el esquema que hicimos aparecía ‘Dios’ junto al término ‘realidad’.

Toda esta problemática es la que está detrás de este ‘primer modo de orar’. Somos más complejos

de lo que a primera vista parece. Nuestra ‘no programación instintual’ va a exigir esta estructuración personal que tiene su ‘historia’ cargada de vicisitudes (no siempre las ideales) y que habrá que tener en cuenta a la hora de evaluar nuestro acceso a la realidad (¡y a Dios!). En efecto, nuestro acceso, tanto a la realidad como a Dios, no es tan inocente como pensamos a veces. Es muy complicado, y hacerse cargo de esta complejidad es lo que pretende este ejercicio.

Ahora podemos abordar la segunda sorpresa a la que aludíamos al comienzo, la aparente contradicción de este texto. En él se nos anuncia un ‘modo de orar’ que en definitiva ‘es más dar forma, modo y ejercicios’ que ‘no dar forma ni modo alguno de orar’. Aquí, por lo tanto no se trata directamente de nuestro acceso a Dios en la oración, sino ‘cómo el ánima se apareje y aproveche en ellos y para que la oración sea aceptada’. Es decir, es algo previo para garantizar que nuestra oración sea lo que debe ser, un ‘abrirnos a Dios’, y no convertirla en la ‘proyección’ de un dios fruto de nuestras fantasías desiderativas. El hombre tiende a convertir a Dios en garante de sus justificaciones y evitar encontrarse con el Dios vivo que llama e interpela.

Si Dios es real (no la Realidad) y me sale al encuentro en la realidad, es muy importante que antes de plantearme mi forma de relacionarme con él (oración) descubra si mi manera de acceder a dicha realidad es válida o la proyecto. Si mi sensibilidad puede estar condicionada por una estructuración errónea de mi yo, tengo que tomar conciencia de este riesgo antes de aceptar los datos que me aporta. Para afrontar este peligro San Ignacio propone estos ejercicios, que no son, por lo tanto, un ‘modo de orar’ sino ‘cómo se apareje (prepare) y aproveche (saque provecho, no fantasee) en ellos y para que la oración sea aceptada’ (aceptada, recibida por Dios, no una ‘proyección’ de mi mundo ‘interior’).

El método va a consistir en confrontar mi realidad personal con cuatro referentes que pueden objetivarme: los ‘diez mandamientos’ (límites básicos de nuestra convivencia), los ‘siete pecados mortales’ (actitudes negativas que imposibilitan la convivencia), las ‘tres potencias del alma’ (facultades elementales de mi realidad personal: memoria, entendimiento y voluntad) y los ‘cinco sentidos corporales’). Primero va a describir detalladamente mi confrontación con los ‘diez mandamientos’, y después deja para nosotros el aplicar el mismo método a las otras confrontaciones.

Surge aquí la pregunta: ¿cómo hacer esa confrontación sin caer de nuevo en mis propios engaños y en mi visión deformada de las cosas? La única llave para salir del callejón sin salida nos la da la petición: *Una oración preparatoria, así como pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que pueda conocer en lo que he faltado acerca de los diez mandamientos, y asimismo pedir gracia y ayuda para me enmendar adelante, demandando perfecta inteligencia dellos para mejor guardallos, y para mayor gloria y alabanza de su divina majestad (EE 240).*

La petición no tiene desperdicio, pero empecemos por preguntarnos qué sentido tiene plantear este primer paso en forma de petición.

¿Cuándo hay que pedir algo? Cuando ni lo tenemos ni podemos conseguirlo con nuestro esfuerzo. Esto quiere decir que el contenido de esta petición lo experimentaremos como don, algo que nosotros no podemos conseguir. Es decir, el resultado de esta confrontación se nos tiene que dar. La petición siempre expresa una impotencia reconocida. Pero ¿qué es lo que pide en este texto? Cuatro cosas:

“*Gracia a Dios nuestro Señor, para que pueda conocer en lo que he faltado acerca de los mandamientos*”: Acabamos de decir que uno pide lo que no puede alcanzar con sus propios medios. Pues bien, si pedimos ‘poder conocer’ las faltas respecto a los mandamientos es que da por supuesto que en esta confrontación entre nuestra visión de la realidad y el marco de referencia básico que plantea el decálogo, va a ser una gracia; dicho de otra forma, no es de fiar la confrontación que yo puedo llevar a cabo por mis propios medios, tengo que **sospechar** de mis capacidades. Pidiendo esto, confesamos una radical impotencia para acceder al propio conocimiento.

En efecto, con esta petición confesamos nuestra incapacidad para superar por nosotros mismos todas las deformaciones que nuestro narcisismo provoca. Pidiendo esto, minamos todos nuestros mecanismos de defensa y de justificación que maquillan nuestro ser. Pero no es sólo el

reconocimiento de la incapacidad de acceder a nuestro conocimiento, sino que también tenemos que pedir:

*“Y asimismo pedir gracia y ayuda para me enmendar adelante: El ser humano tampoco puede ser ‘consecuente’ por sí solo, necesita ‘gracia y ayuda’. No es ya la deformación narcisista que todos admitimos, sino la incongruencia que nos lleva a ‘no hacer lo que quiero sino que hago lo que aborrezco’ de San Pablo (Rom 7, 15). Es la negación de la propia omnipotencia (nuestra autosuficiencia).*

Estas dos primeras peticiones abordan dos aspectos de nuestra personalidad llamados a tenerse en cuenta si no queremos engañarnos respecto a nosotros mismos, afectan a nuestros niveles subjetivos. Pero esto no basta de cara a la confrontación que nos ocupa. Hay que tener presente nuestros niveles de objetividad. ¿Qué es lo que en nuestra estructura personal está llamado a interpretar la realidad? La **inteligencia**. Por eso hay que pedir:

*“Demandando perfecta inteligencia dellos (de los mandamientos) para mejor guardallos”:* no ‘guardaré’ lo que no entiendo. Podríamos decir que nos enfrentamos al problema hermenéutico, siempre pendiente a la hora de hacernos cargo de la realidad. No siempre tenemos ‘perfecta inteligencia’ de las cosas, y la mayor parte de las veces, nuestras ‘incongruencias’ radican en deformaciones de la realidad, fruto de una inteligencia que siempre estará condicionada por factores que se nos escapan, pero que imposibilitan su perfecto rendimiento.

Ignacio nunca renuncia a la inteligencia, pero no las tiene todas consigo y sabe que podemos manipular ese fantástico instrumento que Dios nos ha dado. De hecho, nuestras ‘justificaciones’ no son otra cosa que superar ficticiamente nuestras incongruencias para no caer en la esquizofrenia y ‘quedarnos tranquilos. Por eso somete a sospecha la inteligencia y pide *“perfecta inteligencia”*. Es decir, el hecho de sospechar de la inteligencia no le lleva a renunciar a ella sino a pedir su utilización correcta.

Ahora bien, el problema no está resuelto porque ‘guardemos los mandamientos’, sino que la plenitud humana se da en la gratuidad, lo único que nos ‘trasciende’. Por eso esta ‘oración preparatoria’ culmina pidiendo:

*“Y para mayor gloria y alabanza de su divina majestad”:* es la formulación ignaciana por excelencia para expresar el reto de la gratuidad. Los niveles de gratuidad son los que cualifican a la persona en cuanto tal.

Esta petición hecha antes de esta confrontación con los referentes elementales de la vida (‘mandamientos’), nos *“prepara y dispone”* (usando palabras del propio San Ignacio en **EE 1**) para poder acceder a nuestra verdad personal.

En efecto, desmonta la ‘seguridad’ en nosotros mismos, no sólo para ‘conocernos’ y ser consecuentes, sino para acceder a la verdad de las cosas y salir de nosotros desinteresadamente. San Ignacio, a través de esta petición nos sumerge en una **sospecha generalizada**. Con toda razón podemos definir a San Ignacio como un auténtico ‘maestro de la sospecha’. Con esta predisposición, podemos acceder con cierta garantía de éxito a la confrontación de nuestra ‘visión de la realidad’ con los mandamientos.

Pero San Ignacio añade dos ‘notas’. Destaquemos la primera:

*“1ª nota. Es de notar que quando hombre viniere a pensar en un mandamiento, en el qual halla que no tiene hábito alguno de pecar, no es menester que se detenga tanto tiempo; mas según que hombre halla en sí que más o menos estropeza en aquel mandamiento, así debe más o menos detenerse en la consideración y escrutinio dél, y lo mismo se guarde en los pecados mortales” (EE 242).*

Es importante esta nota porque nos da la clave de lo que San Ignacio le preocupa: el hábito. A la hora de esa confrontación de nuestra vida con esas normas elementales que suponen los mandamientos, parece no importarle el mero fallo aislado, que normalmente nos humilla y afecta

más de lo debido, sino aquello que se ha convertido en ‘actitud’ y por tanto nos acompaña en nuestro acceso a la realidad sin ser conscientes de ello (forma parte de nuestra estructuración personal) y por tanto se convierte en un ‘filtro’ que puede deformarla.

Esto supuesto, termina con *un coloquio a Dios nuestro Señor* (2ª nota).

Descrito el modo de hacer esta confrontación con los 10 mandamientos, pasa a las otras tres confrontaciones (**pecados mortales, tres potencias del alma y sentidos corporales**).

Pero donde nos encontramos lo más llamativo es en la nota que añade a los ‘sentidos corporales’:

## 2.2- Importancia de la sensibilidad.

*“Quien quiere imitar en el uso de sus sentidos a Christo nuestro Señor, encomiéndose en la oración preparatoria a su divina majestad; y después de considerado en cada un sentido, diga un Ave María o un Pater noster, y quien quisiere imitar en el uso de los sentidos a nuestra Señora, en la oración preparatoria se encomiende a ella, para que le alcance gracia de su Hijo y Señor para ello; y después de considerado en cada un sentido diga un Ave María” (EE 248).*

Sorprende que en ninguna de las tres confrontaciones anteriores se le haya ocurrido remitir a la ‘imitación de Cristo’ o de ‘nuestra Señora’, siendo así que parecían tener más calado. ¿No hubiera sido más lógico imitarlos en ‘guardar los diez mandamientos’, o en las ‘virtudes opuestas’ a los pecados mortales, y sobre todo en la manera correcta de usar las ‘potencias del ánima’? Sin embargo, en ninguno de estos pasos ha aludido a dicha imitación. Más aún, si por lo menos fuese imitarlo en los sentidos ‘espirituales’, pero aquí expresamente se refiere a los ‘corporales’. ¿Es un disparate?

Y aquí hay que remitir al Evangelio de San Mateo (13, 10-17): ante la pregunta de los discípulos de por qué habla en parábolas, Jesús les responde:

*“Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden”, y añade algo muy iluminador de cara al problema que nos ocupa: “en ellos se cumple la profecía de Isaías: ‘Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan son su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane.’*

*¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.”*

Parece que Jesús acentúa también la importancia de la sensibilidad. Es decir, frente al embotamiento del ‘corazón’ (y el corazón para un semita correspondería a la ‘interioridad’ del hombre, en el tema que nos ocupa, su ‘visión de la realidad’, sus ‘actitudes’ positivas y negativas y las ‘potencias del alma’), le preocupa recuperar la sensibilidad.

Apliquemos esta problemática a la parábola de la oveja perdida (Lc 15, 1-7). Ante la acogida por parte de Jesús de “*publicanos y pecadores*”, los fariseos se escandalizan: “*Éste acoge a los pecadores y come con ellos*”. Su obsesión por la ‘pureza legal’ les impide comprender este comportamiento de Jesús: un ‘puro’ no puede comer con los ‘impuros’. Esta cerrazón les impide ver en la acogida de Jesús un acto ‘recuperador’ y de ‘misericordia’. Jesús no discute sino que los remite a la parábola, para terminar “... *¿no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?*”

Es decir, Jesús remite a una zona de la sensibilidad de sus oyentes que no está condicionada por el ‘prejuicio’ de la pureza legal: la obvedad de ir en busca de la oveja que se ha perdido puede desmontar la rigidez del prejuicio. Sólo unos ojos que ven y unos oídos que oyen pueden ‘desembotar’ el corazón.

Y esta es nuestra experiencia cotidiana. ‘Convicciones inamovibles’ las ha desmontado la realidad, es decir, cuando ésta ha sido tan imprevista y contundente que no ha tenido más remedio que despertar mi sensibilidad condicionada. Sólo la realidad, a través de los ‘sentidos corporales’ puede desmontar nuestras ofuscaciones. Pero si estoy ciego, (*tengo ojos, pero no veo*), no hay posibilidad de recuperación.

Pero el problema va más lejos. Parece que la sensibilidad decide, no sólo nuestro acceso a la realidad, sino lo que es más decisivo, nuestra respuesta. Veámoslo con un ejemplo.

Un amigo mío está sacándose el carné de conducir, y el día que lo aprueba me encuentra e invita a dar un paseo en su coche. Yo declino su invitación con una disculpa, porque temo su inexperiencia. Sin embargo su motivación y entusiasmo son grandes. Más aún, su conocimiento ‘teórico’ respecto a la conducción es excelente, pero las ‘reacciones’ de su sensibilidad ante la realidad no están ‘educadas’ (habituadas) todavía. Al cabo de un año soy yo el que le pido el favor de que me lleve en coche. ¿Qué ha pasado en ese año? Sencillamente que ha seguido conduciendo (ha **repetido**) y su vista, su oído, su tacto se han estructurado de forma que responden correctamente con espontaneidad. Entonces es cuando sabe conducir en la ‘práctica’.

Pero saquemos más datos en este ejemplo. El conductor experto puede cambiar de vehículo, y sus reacciones seguirán coordinadas a la perfección, aunque los resortes que debe usar sean distintos. Merleau-Ponty en su obra **Teoría de la percepción** alude al caso del organista profesional. Este instrumento musical, aparte del teclado, todos los demás registros están situados caprichosamente. Pues bien, a un organista profesional le bastan diez minutos para interpretar sin fallos una composición, cosa que no puede hacer el que no es profesional.

Sólo cuando nuestra sensibilidad se ha incorporado a nuestro conocimiento, éste ha llegado a la perfección. Esto tiene consecuencias importantes. Esta incorporación de la sensibilidad es la que da seguridad a nuestra praxis. Y no sólo seguridad, sino facilidad (suavidad dirá San Ignacio), espontaneidad. Al pianista profesional se le van los dedos ante una partitura o una melodía que fantasea. Este sería el sentido profundo del término ignaciano de **conocimiento interno**: aquel conocimiento que ha incorporado la sensibilidad. Ningún conocimiento ha culminado su proceso hasta que no ha estructurado nuestra sensibilidad en un hábito.

Sin embargo, ni el entusiasmo, ni el interés, ni la ilusión garantizan nuestra praxis, ni siquiera la facilitan, sino más bien la dificultan. El entusiasmo del que acaba de aprobar las pruebas de conducir no suple su falta de pericia. Ésta se irá incorporando en la medida en que siga conduciendo, y sin ser consciente de ello, el ‘hábito’ se va instalando en su experiencia. No hay posibilidad de adquirir el hábito sin la práctica repetida.

Este mecanismo de nuestro psiquismo va a ser clave a lo largo de todo el proceso de Ejercicios. El final de cada día va a estar culminado por una **aplicación de sentidos** que consistirá en “traer” y “*el pasar de los cinco sentidos de la imaginación*” (EE 121). Este ejercicio viene después de dos ‘contemplaciones’ y dos repeticiones, sin las cuales no hay posibilidad de que nuestra sensibilidad se incorpore al conocimiento que pretendemos convirtiéndolo en conocimiento interno. Éste es el único que asegurará que mi praxis no sólo sea ‘correcta’ sino ‘fácil’.

El que San Ignacio ligue la ‘imitación’ a Jesús o María con los ‘**cinco sentidos corporales**’ es un acierto, posiblemente el más original de toda su antropología. La consolidación de nuestra praxis está ligada a la sensibilidad, no al ‘conocimiento’ ni al ‘afecto’, aunque estos son necesarios y están presentes. Pero hay que decir que los afectos no son imprescindibles: el pianista que no está motivado afectivamente para interpretar un concierto, no por eso se le ha olvidado una ‘técnica’ que sigue intacta.

Resumiendo: este **Primer modo de orar** descubre la estructura de nuestro yo, que consta de:

- cinco sentidos corporales, responsables de nuestro acceso a la realidad y que mediatizan nuestra respuesta a la misma;



- tres potencias del alma: los datos que nuestra sensibilidad recoge de la realidad tenemos que archivarlos (memoria), evaluarlos con nuestro entendimiento y traducirlos en respuestas elaboradas, voluntad;
- siete pecados mortales: estas elaboraciones, en la medida en que se repiten, se incorporan a nuestra manera de ser como hábitos o actitudes, positivas (virtudes) o negativas (pecados);
- diez mandamientos: por último, todo este conjunto de experiencias hechas nuestras a través de los ‘hábitos’ y las ‘actitudes’, nos proporcionan una ‘visión de la realidad’ que sintetiza el conjunto de ‘valores-desvalores’ y que constituye la perspectiva imprescindible de nuestra manera de estar en la realidad.

Esta es la complejidad de nuestro yo, sin la cual sería penosísimo avanzar en nuestro acceso a la realidad, pero esta misma ‘facilitación’ hay que someterla a **sospecha**. En efecto, esta estructura ha tenido una historia llena de vicisitudes, que al no poder ser siempre las ideales, han dejado huellas que afectarán a nuestro acceso a la realidad (¡y a Dios!). Es importante, pues, tomar conciencia de estas ‘deformaciones’ que pueden condicionar nuestras respuestas, impidiendo que sean las ‘acertadas’.

Ahora bien, a la hora de ‘asegurar’ el acierto de nuestro acceso-respuesta a la realidad, es importante saber que todo nos lo jugamos en la sensibilidad. Somos nuestra sensibilidad, no lo que pensamos, ni siquiera lo que sentimos. Podemos tener muy claro lo que habría que hacer, pero hacemos lo que dicta nuestra sensibilidad. En nuestra vida decide la sensibilidad, y mientras ésta no cambie, nosotros no cambiaremos. Es decir, si nuestra sensibilidad corporal fuese como la de Jesús, nuestro ‘seguimiento’ estaría más resuelto. En efecto, si nuestra manera de ver las cosas, nuestra manera de escuchar, nuestros gustos, nuestras repugnancias, etc., coincidiesen con las de Jesús o las de María, nuestra ‘praxis’ sería cristiana.

En conclusión, en la dinámica que percibimos en este Primer modo de orar, San Ignacio nos plantea una sospecha estructural de nuestro yo. No tengo garantizado el acceso a mí mismo ni a la realidad. Tengo que **sospechar** sobre la posible deformación de mis facultades. Pero lo que en cualquier caso debo salvar es mi **sensibilidad**, que mis **cinco sentidos corporales** imiten a los de Jesús o los de María, porque **somos nuestra sensibilidad**, no lo que pensamos ni siquiera lo que nos emociona.

En resumen, Ignacio con el primer modo de orar, plantea la gran sospecha a nuestra interioridad. Antes de empezar a orar tengo que saber hasta qué punto está deformada mi sensibilidad por un ‘corazón embotado’. Mi oración puede ser proyectiva: invento una película sobre Dios, un dios evasivo, no *nuestro Criador y Señor* implicado en la realidad.

### 3- Sospecha sobre las mociones. (El ser humano se mueve por espíritus.)

Pero Ignacio no sólo pone bajo sospecha la estructura del yo sino, de una manera especial, lo que le mueve. En efecto, el ser humano, al no estar programado tiene que buscar y decidir. En esa tarea irrenunciable va a sentirse movido por impulsos, deseos, en una palabra lo que Ignacio va a llamar **mociones** (que nos mueve, fuerzas que experimentamos). El problema está en que la experiencia da que no todo lo que nos ha movido en la vida ha sido válido.

Ya en la primera carta de San Juan (4, 1-4) se nos dice entre otras cosas: “*No os fieis de cualquier espíritu sino examinad si los espíritus vienen de Dios.*” La alusión a “espíritus” y preguntarse si proceden de Dios en una sociedad tan secularizada y tecnificada, no parece tener sentido. Pero la realidad es que el ser humano se está remitiendo a ‘espíritus’ continuamente. Aquello que ha movido a una persona a actuar de una u otra manera es un misterio para los que la rodeamos y tal vez para la misma persona, pero nadie duda que *algo* le ha movido. Se ha remitido a un “espíritu”, a algo que los demás no vemos. Podemos ciertamente llamarlo convicciones o ponerle cualquier otro nombre, pero sigue tratándose de mociones, de algo que nos mueve.

Pero lo interesante de la cita es la clave que nos da para descubrir si es de Dios el espíritu que nos

mueve: “*todo espíritu que confiesa a Jesús venido en carne es de Dios...*” Es decir, parece que en el Nuevo Testamento el Espíritu se manifiesta encarnado: Dios no es evasión, es sorpresa que nos habla desde la ‘carne’. El Espíritu se revela a través de nuestra experiencia sin identificarse con ella.

### 3.1- Experiencia de Loyola.

Siempre que tengo que abordar el problema del discernimiento en San Ignacio me remito a su experiencia en Loyola. En la **Autobiografía**<sup>4</sup> se nos narra lo que según comenta el propio Cámara fue “*el primero discurso que hizo en las cosas de Dios*”, más aún “*de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus*”. En efecto, allí se nos describe una experiencia tan desconcertante como universal: el ser humano fantasea sus posibilidades (al no estar programado). Estas fantasías pueden ser tan disparatadamente distantes como las del caballero guipuzcoano sin por eso expresar una anormalidad psíquica. Esto es lo que él llamará **mociones**: mueven, pero desde fuera de nuestra “*mera libertad y querer*” [NOTA: EE 32], por tanto no son propiamente más. Hasta aquí todo normal. La sorpresa surge cuando descubre que de unos pensamientos “*quedaba seco y descontento*” y de otros “*alegre y contento*”. De esta sorprendente *diferencia* vino a deducir que había un buen espíritu y otro de malo.

Este descubrimiento es clave a la hora de plantearnos el problema que nos ocupa: hay que empezar por poner la sospecha: en el **presente**. En efecto, hay que sospechar de nuestras mociones en el momento en el que las experimentamos. Cualquier moción no es evaluable en su presente. En San Ignacio, tanto los pensamientos sobre la *señora*; como los de imitar a los *santos* los experimentaba de forma positiva: se *deleitaba* en unos y se *consolaba* en los otros. Sólo el poso que dejan desde el distanciamiento temporal los hace evaluables. Esta experiencia es universal, sea uno creyente o no.

### 3.2- Las reglas de discernimiento

Pero pasemos al discernimiento de espíritus en sentido estricto. Y aquí de nuevo San Ignacio nos sorprende con dos bloques de Reglas, uno para quien empieza (“*si es persona que en cosas espirituales no haya sido versado*”) o sencillamente que “*es tentado grosera y abiertamente*” (EE 9) y corresponde en la terminología tradicional a la *vida purgativa*, y un segundo bloque para quien se siente más ‘seguro’ (*vida iluminativa*).

En efecto, no es la misma situación una que otra, por eso la sospecha no puede usarse de la misma forma en un caso que en otro. Para quien empieza o se siente amenazado, debe recaer en no dejarse llevar por los mensajes que envía la **desolación** y afrontarla. Hay que sospechar de todo aquello que me frena o desvía a la hora de ‘pasar adelante’ en lo que he decidido (**Reglas de 1ª semana**).

Por el contrario, quien se siente experimentado y ha superado lo que él llama ‘vida purgativa’ no puede ya ser tentado ‘grosera y abiertamente’, pero esto no asegura su situación (EE 10). Una sencilla constatación nos confirma el planteamiento de San Ignacio. Una persona que en su juventud hubiese llegado a delinquir pero experimentó una conversión radical que le llevó a rechazar visceralmente su vida pasada, no puede ser tentada ya ‘grosera y abiertamente’ (no se la puede invitar a asaltar un banco). Pero aquí está la genialidad de Ignacio: el que esta antigua vía de ‘tentación’ no pueda darse no quiere decir que esté inmunizado para el mal, pues entonces, “*comúnmente el enemigo de natura humana tienta más debaxo de especie de bien*” y volviendo a nuestro ejemplo, el director del banco puede proponernos unas operaciones financieras nada limpias (‘debajo de especie de bien’) e incurramos un abuso económico (**Reglas de 2ª semana**).

Aquí la sospecha alcanza en San Ignacio unos niveles insospechados. Su intuición desmonta nuestros niveles de seguridad más intocables: en la medida que avanzamos pisamos un terreno más peligroso. En la medida en que entramos en la *vida iluminativa*, es más sutil el discernimiento, pues

---

<sup>4</sup>Autobiografía cap 1

“*pensamientos buenos y santos*” pueden encerrar “*engaños cubiertos y perversas intenciones*” (EE 332). Con otras palabras, cuanto más ‘formados’ estamos, más capacidad de autoengaño y justificaciones tenemos. Hay, pues, que sospechar más en la medida que avanzamos y nos sentimos más seguros.

Y aquí conviene resaltar una afirmación desconcertante pero nuclear en la espiritualidad ignaciana: la ‘*consolación sin causa precedente*’. Sólo cuando la consolación nos sorprende porque no hay “*ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto, por el cual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad*”, es de Dios. Pero nuestras convicciones van por otros derroteros. Nos sentimos más seguros cuando podemos constatar todos los pasos que vamos dando, y la lógica los va confirmando. Ahora bien, nuestras justificaciones y seguridades buscan su apoyo en la razón y sentimientos. San Ignacio nos lo avisa en la Regla 2ª de 1ª semana (‘*falsas razones*’) (EE 315) y en la Regla 1ª de segunda semana (‘*razones aparentes*’) (EE 329). La razón, de la que nunca prescinde (más aún, a la hora elegir debemos regirnos sólo por ella: *moción racional* [EE 182]), es puesta en entredicho cuando estamos en la *vida iluminativa*. Y es que el único instrumento de justificación que tenemos es la razón. Por eso hay que sospechar en las razones en que nos apoyamos, porque pueden ser *aparentes*. El ser humano se engaña desde sus razones y hay que admitir que cuantos más recursos intelectuales tenemos, con más facilidad nos autoengañaremos y justificaremos. Mis ideas pueden ser valiosas (por hipótesis me mueven pensamientos *buenos y santos*), pero puedo estar me engañando. No hay, pues, forma de desenmascarar en este momento la trampa. Objetivamente el contenido de dichos pensamientos es correctísimo: lo contrario no lo hubiese admitido (uno no puede ser ‘invitado’ a asaltar un banco).

Y aquí entra de nuevo el factor tiempo: “*y después, poco a poco, procura de salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos* (EE 332) (en 1ª semana los engaños eran *manifiestos* [EE 329]). Pero ahora el discernimiento es más *subtil* y he de recurrir a un doble criterio: el intelectual y el afectivo. En este *poco a poco* hay que desenmascarar los *engaños cubiertos*. El criterio intelectual deberá analizar el *discurso de los pensamientos*, es decir, su dinámica, a dónde apunta, para descubrir si “*acaba en alguna cosa mala o distractiva o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer*; y el afectivo constatar si *la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima... clara señal es proceder de mal espíritu*” (EE 333).

En esta segunda semana la sospecha recae en lo estático, en la seguridad de lo que nosotros controlamos. Sin embargo la sospecha de poder ser tentado debajo de especie de bien me abre a una búsqueda que habrá de moverse en el *discurso* (la dinámica) tanto de los pensamientos como de los afectos. Para Ignacio, en la medida que nos abrimos más a Dios, entramos en terrenos más incontrolables, que sólo la sorpresa del Espíritu puede desbloquear, porque es el único que puede “*entrar, salir, hacer moción*” en el ánima “*sin causa precedente*” (EE 330). Hay que sospechar de que la propia búsqueda se convierta en cómo justificar la “*afección a la cosa adquirida*” (EE 150) e instalarse en la actitud del “*2º binario*” quedando con “*la cosa adquirida... de manera que allí venga Dios donde él quiere...*” (EE 154). Sólo el discernimiento de 2ª semana puede hacernos tomar conciencia de que estamos instalados en el 2º binario.

#### 4- Sospecha sobre el seguimiento de Jesús.

Si toda la 2ª semana está plasmada en la petición de las contemplaciones de la vida de Jesús: “*conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga*” (EE 104), San Ignacio enmarca este seguimiento con la **Meditación de dos banderas**. Esta meditación, junto con su complementaria de **Tres binarios**, resumidas en el triple coloquio de Banderas con la nota de Binarios focalizarán el seguimiento de Jesús: todas las contemplaciones de la vida pública han de acabar con este triple coloquio (EE 159).

Pero ¿qué plantea **Dos banderas**? Todos tenemos la experiencia de que la vida humana se mete a

veces por callejones sin salida sin quererlo. La petición de este ejercicio nos abre a la sospecha<sup>5</sup> “*demandar lo que quiero; y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar*”. Es plantearnos la sospecha sobre dónde está la ‘vida verdadera’: sólo Dios puede abrirnos los ojos para descubrir que la *codicia de riquezas* y el *vano honor del mundo* son *engaños* y el seguimiento a un Jesús pobre y humillado es la única salida.

A través de la contemplación de la vida de Jesús focalizada por el triple coloquio evitará un ‘seguimiento’ interiorista y desencarnado para abrirnos a una actitud que desenmascare las grandes trampas de la vida. Todo esto ha de culminar (a través de las **repeticiones** y la **aplicación de sentidos**) en una transformación de nuestra sensibilidad haciendo posible que nuestros *sentidos corporales* vayan siendo los de Jesús. Sólo así nos abriremos a la *vida verdadera*. Nuestros valores están en la sensibilidad que no en la cabeza, y se expresan con espontaneidad y no con voluntarismos, pues como vimos al comienzo, la espontaneidad está íntimamente unida a nuestra sensibilidad.

#### 4- Sospecha sobre la idea de Dios

Pero van a ser las semanas 3ª y 4ª de Ejercicios las que pondrán en entredicho incluso nuestra idea de Dios. Suelo afirmar que la 3ª semana es una experiencia atea de Dios. En efecto, el 5º punto nos invita a “*considerar cómo la Divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente*”.<sup>6</sup>

“*La divinidad se esconde*”, el Dios “como Dios manda” el Dios que a mí me gustaría que en aquel momento apareciera y eliminase todo el mal, no aparece por ningún sitio. El escándalo de la cruz, que ya se produce en la misma cruz (“*si eres Hijo de Dios baja de la cruz y crearemos en tí*”), desmonta nuestra imagen de Dios. El Dios ‘como Dios manda’, en la pasión desaparece, no existe,...

Solamente al llegar a la cuarta semana reaparece: “*considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della.*”<sup>7</sup> Es decir, “*los verdaderos y santísimos efectos*” de la Divinidad, no son los que yo quería, los que yo proyectaba. Dios descoloca siempre, sale al encuentro desconcertando y va más allá de nuestras respuestas hasta hacernos perder pie. Sólo entonces es cuando la acción de Dios se manifiesta tal como es, sin *causa precedente*.

Ignacio responde y da la razón a las críticas que siglos después vendrían de mano de Feuerbach y Freud: podemos vivir la experiencia de un dios que nos fabricamos, de un dios que no es el Dios vivo que descoloca y sale al encuentro en la realidad, sino un dios manipulado y proyectado. Ante esto se hace necesaria la sospecha.

#### 5- Volver a la realidad transformados

La **Contemplación para alcanzar amor** nos devuelve a la realidad, pero después de haber desenmascarado a lo largo de este proceso de sospechas que son los EE, aquellos *afectos desordenados*, aquellos condicionamientos que nos impedían acceder a la realidad (la nuestra y la de Dios). Ignacio nos hace ver que, en contra de nuestra percepción, no somos libres sino que vivimos condicionados por muchas cosas que impiden una disponibilidad y una apertura mayores. Para entender cómo es nuestra vuelta a la realidad será bueno fijarse en la petición de este último

<sup>5</sup> EE 139

<sup>6</sup> EE 196

<sup>7</sup> EE 223

ejercicio: “*pedir cognoscimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad.*”<sup>8</sup>.

Vimos al comienzo que un ‘conocimiento’ era ‘interno’ cuando no se reducía al concepto, a la lógica sino que incorporaba la sensibilidad. Recordar el ejemplo de la conducción. Mi “saber conducir” no está sólo en la cabeza sino que ha culminado en una estructuración de mi sensibilidad.

Tal vez se vea más claro con otro ejemplo sacado de mis maestros los gitanos. Recuerdo que hablando un día con uno acerca de su mujer, formulaba su amor de esta manera: “*cómo no voy a querer yo a mi Loles si nos estamos rozando desde que éramos niños*”. No dijo “sigo enamorado”, sino que habló de ‘roce’, de sensibilidad, pues es ésta la que nos da estabilidad y la que nos hace actuar espontáneamente ante la realidad. Ignacio en los EE nos ha invitado a cambiar, no nuestros pensamientos sino nuestra sensibilidad, a incorporar la sensibilidad de Jesús. Nos ha invitado a una radical transformación de nuestra sensibilidad.

Cuando empiezo los EE, en el **Principio y fundamento**, se nos dice: “*es menester hacernos indiferentes*”. La realidad aparece como un impedimento para el fin que soy creado. Así es como presenta tanto la riqueza como el honor. Sólo después de la transformación operada durante todo el proceso descubro que aquellas realidades que percibía como impedimentos, son inocuas e incluso se convierten en oportunidad para servir, para darme (EE 231).

El cambio no está, pues, en estas realidades sino en cómo me sitúo yo ante ellas. Antes frente a ellas yo era el centro; ahora, a través de la sospecha, he podido alcanzar un descentramiento que me permita *salir de mi propio amor querer y interés*. Esta afirmación no está al final de los EE sino en el centro en el n° 189 “*Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuando saliere de su propio amor, querer y interese*”. Mientras yo siga centrado en mí mismo, soy un ser depredador, movido por la codicia, y por el poder (vano honor del mundo), apropiándome y dominando todo lo que me rodea. Sin embargo, todo cambia cuando percibo que la *vida verdadera* no está en acumular (riqueza) y dominar (vano honor), sino en darme en devolver. Somos pura deuda. Tenemos que devolver todo lo que hemos recibido, todo ha sido gracia, todo ha sido don...

Volvemos a la realidad, no como depredadores, sino cómo quien se ve llamado a “*en todo amar y servir*”. Pero insisto, ha tenido que darse un descentramiento y este descentramiento ha ido posibilitándolo la sospecha sobre cada una de nuestras capacidades, sobre nuestras seguridades, y autosuficiencias, abriéndonos a un Dios que nos sorprende porque actúa “*sin causa precedente*”.

### **Epílogo: sospecha sobre mi capacidad de convivencia.**

Pero los EE no terminan con la **contemplación para alcanzar amor**, sino con las reglas **para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener**<sup>9</sup>. Pero ahí también nos plantea otra gran sospecha: la de nuestra incapacidad para convivir, una versión más del problema de salir de nosotros mismos.

En mi opinión la clave de lectura de estas reglas está precisamente en la más escandalosa, la regla n° 13, y más en concreto en la palabra “*acierto*”. Dice la famosa regla:

*Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por*

<sup>8</sup> EE 233

<sup>9</sup> no “sentir con” la Iglesia, traducción errónea de consecuencias nefastas en la posterior interpretación de estas reglas.

*el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra sancta madre Iglesia.*

El **acierto**, tal como se plantea en este contexto, no supone haber alcanzado la verdad sino no haber abortado la comunión para que la búsqueda de la verdad siga siendo posible. Cuando estamos en una situación delicada, no siempre es fácil saber lo que es más oportuno hacer, pero a todos nos preocupa acertar. Este acierto no consiste en que ya esté todo resuelto, sino que por lo menos no hemos complicado la cosa más. El acierto no es el logro definitivo, sino la apuesta por no romper con ‘mi verdad’ la posibilidad de que todos unidos podamos proseguir la búsqueda.

San Ignacio tiene claro que la búsqueda de la voluntad de Dios es interminable. A través de la sospecha sobre mi seguridad ‘aislada’ posibilito una búsqueda interminable sin excluir a nadie. La sospecha no nos paraliza sino que nos hace más despiertos. El problema quedarnos solos y, por eso, estamos llamados a acertar en todo de cara a salvar la comunión. Todos hemos vivido situaciones a las que quiere dar respuesta esta célebre regla: por creernos en posesión de la verdad (y a lo mejor tenerla) nos hemos cerrado, pero no hemos acertado quedándonos en nuestra clarividencia. No hemos sido capaces de *“lo blanco que yo veo, creer que es negro, si...”* ¡Cuántas veces en la vida hemos suspendido nuestras ‘clarividencias’ ante la advertencia contraria de una persona que nos merece plena confianza! La persona que siempre lo tiene todo claro y nunca ‘sospecha’ de sus seguridades la llamamos ‘creída’, es decir, que todos tienen que creerla pero ella no tiene por qué creer a nadie. Lo que es evidente es que esta actitud nunca será acertada de cara a posibilitar comunidad.

Pero lo más profundo de su planteamiento es la intuición de que es *“el mismo Espíritu”* el que está *“en Cristo nuestro Señor, esposo”*, en *“la Iglesia su esposa”* y el que *“nos rige y gobierna para la salud de nuestras ánimas”*. Ante la noticia de que el papa (y el emperador) quieren nombrar cardenal a Borja, San Ignacio siente que el Espíritu le mueve a *“estorbar”*. Pues bien, él confiesa *“que no había contradicción alguna, pudiendo ser el mismo espíritu divino moverme a mí a esto por unas razones y a otros al contrario por otras...”* [NOTA: Carta escrita a Borja el 5 de junio de 1552]. Ninguna de las tres manifestaciones del Espíritu agota el Espíritu, que está llamado a ser *“el mismo”*. Sólo desde esta convicción *acertaremos en todo*, y no caeremos en la trampa de la ruptura en nombre de la verdad.

En resumen, Ignacio nos invita a través de los Ejercicios, a un saludable ejercicio de la sospecha empezando por la misma estructura de nuestro yo que puede deformar nuestra sensibilidad; nuestras mociones, cuya fuerza puede cegarnos; nuestros ‘valores’ que pueden impedir la ‘vida verdadera’; la misma vivencia de Dios que puede ser más proyección que realidad; sobre todos nuestros afectos que serán desordenados en la medida en que nos convierten seres depredadores y dominadores, para abrirnos a seres agradecidos y servidores. Por último, sospecha de todo aquello que nos aísla de un ‘nosotros’ que estamos llamados a posibilitar *“en el mismo Espíritu”*